

La relación entre crítica e Historia Literarias en América Latina: una proposición

BEATRIZ GONZALEZ STEPHAN

1. En los últimos 20 años se ha venido desarrollando un proceso de cuestionamiento y examen crítico de los Estudios Literarios en y sobre América Latina. Este estado de "crisis" de la disciplina ya había advertido con notable anticipación y perspicacia por José Antonio Portuondo en la década del 40, cuando apuntaba que la problemática situación que vivía la crítica literaria hispanoamericana no se debía a un conflicto de opiniones o de escuelas limitado a un país, sino que obedecía a una crisis más general, colindante con el orden político y social vigentes. Esta crisis en los Estudios Literarios hispanoamericanos se manifestaban y se manifiesta— básicamente como "la falta de una estable concepción del mundo en qué apoyar las tablas de valores" (1).

La insuficiencia observada en la disciplina literaria tradicional no debe ser entendida simplemente como una inoperabilidad de su aparato conceptual, sino como la limitación de las bases epistemológicas que la fundamentan para dar cuenta de los fenómenos literarios. Como también precisaba otro crítico hace algunos años: no se trata de proponer una renovación metodológica y un "aggiornamento" de térmi-

(1) En "Situación actual de la crítica literaria hispano-americana", *Cuadernos Americanos*, No. 5, sep.-oct., 1949, pp. 238-248. Entre otras causas de la crisis. Portuondo agrega también la falta de una adecuada teoría de la literatura: "No conviene olvidar que la crítica es una actividad práctica, aplicada, y requiere un minuto de supuestos básicos, teóricos, en que apoyarse. De aquí su constante demanda de apoyo a ciencias ajenas a la literatura. Esta necesidad de una ciencia o teoría literaria en que fundar la crítica y la historia de las letras, se ha venido sintiendo en todo el mundo desde hace muchos años, pero ha sido en los últimos veinticinco o treinta que ha cobrado mayor urgencia". Posteriormente publicado en *la Emancipación Literaria de Hispanoamérica*. La Habana: Casa de las Américas, 1975, pp. 39-48.

nos, sino de replantar las premisas teóricas que le dan sentido a los Estudios Literarios Latinoamericanos (2). Además, en el fondo, esta crisis —porfundizada en el último decenio— sólo puede ser plenamente comprendida y superada si se la relaciona con la crisis histórica de la concepción del mundo de los sectores política y socialmente dominantes.

La publicación de una serie de trabajos en los años de 1970, que han ido conformando el ámbito de una revisión orientada a desmontar y analizar las bases teóricas que operan en los estudios literarios tradicionales, muestra en forma indiscutible una posición de ruptura y búsqueda en el terreno del conocimiento literario. Los tópicos que constituyen el centro de esta discusión giran fundamentalmente sobre la necesidad de establecer relaciones pertinentes entre las características del fenómeno en cuestión —la literatura de la América Latina— y el diseño de su objeto, es decir, entre su teoría literaria y los niveles de su operación cognoscitiva: La crítica y la historia literarias.

Sin embargo, de estas dos formas básicas que organizan discursivamente los estudios literarios, la que ha despertado mayor preocupación en los investigadores ha sido la crítica, soslayándose los problemas de la historia literaria.

Durante el primer momento de la discusión —alrededor de los años 70 y ocasionalmente en décadas anteriores—, las deficiencias observadas en la disciplina se nuclearon alrededor de la crítica, como si sobre ella descansaran todas las modalidades del conocimiento literario. Al parecer, se trataba de resolver las limitaciones de una ciencia a través de una de sus ramas. Como paradoja, el término de "crítica literaria" casi pasó a reemplazar el de "teoría" e "historia" literarias. Tal vez, esta injusta sobrevaloración de la crítica con respecto a la historia en esos momentos, se debió al mismo proceso histórico de ambas, donde el desarrollo de la historia literaria había sido menos afortunado, y, por ende, había entrado hacía mucho tiempo en un descrédito total. Por otra parte, esto también revela que en la conciencia de quienes propugnan una renovación para la crítica parece existir un divorcio entre lo que debe entenderse por *crítica literaria* e *historia literaria*.

Sin embargo, pronto se comprendió que muchas impugnaciones que se le hacían a la crítica se debían, por una parte a la falta de un

(2) En su artículo "La nueva narrativa y los problemas de la crítica en Hispanoamérica" (Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos, Budapest, Agosto de 1976). Nelson Osorio, en la misma línea de Portuondo, distingue que para muchos se trata de buscar "una recuperación o reajuste táctico manteniéndose dentro de la misma programación estratégica, anterior. Por eso es que, en gran medida, la discusión que se ha abierto sobre la situación actual de la crítica adquiere frecuentemente un carácter puramente formal y "metodológico", puesto que sigue moviéndose dentro del sistema de objetivos propuestos tanto por la misma tradición que se cuestiona como por las modernas tendencias europeo-occidentales y norteamericanas" p. 77.

sistema teórico coherente en qué respaldar su trabajo, y por otra parte a la inexistencia de un sólido conocimiento histórico del proceso literario que facilitara la comprensión también histórica de los fenómenos estéticos.

Luego, esta crisis trajo como sana consecuencia la puesta al día de una serie de obstáculos que embargan las diversas prácticas discursivas que conforman el ámbito de los Estudios Literarios en la América Latina, signados, entre otras cosas, no sólo por su general atraso e inoperatividad, sino por la notable desconexión con que realizan su trabajo. Nos referimos concretamente a las escasas relaciones que mantienen —y han mantenido— la crítica, la historia y la teoría literarias entre sí, así como la investigación bibliográfica con cada una de ellas. Una desarticulación que se ha ido acentuando, y que, finalmente, las ha empobrecido.

La advertencia de esto —en un segundo momento de la discusión— incentivó una preocupación cada vez mayor por los problemas de la historia de la literatura latinoamericana, comprendiendo que no podría desarrollarse la crítica sin la historia, y viceversa, por lo menos dentro de las nuevas perspectivas planteadas. Lo que llevó, por ende, a reconocer un necesario ajuste de cuentas de los posibles tipos de intercambios y enriquecimientos que se podrían hacer entre los resultados de la crítica y de la historia literaria (3).

(3) En el ámbito latinoamericano, podemos citar los trabajos que en forma creciente desde 1970 van delimitando los nuevos caminos de la historia literaria: Agustín Cueva, "Ciencia de la Literatura e Ideología de Clase en América Latina", revista *Sociedad y Desarrollo*, Santiago de Chile, No. 2, Abril-Junio, 1972; Carlos Rincón, "Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Latinoamérica", *Casa de las Américas*, No. 80, 1973; Angel Rama, "El proceso autonómico de las Literaturas Nacionales a la Literatura Latinoamericana", en *Estudios Filológicos y Lingüísticos*. Instituto Pedagógico de Caracas, 1974 y "Sistema literario y producción social en Hispanoamérica" en Fernando Alegria et al. *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1974; Roberto Fernández Retamar. "Para una teoría de la literatura hispanoamericana", en revista *Araisa*, Caracas: CELARG, No. 1, 1975 anteriormente publicado como ponencia en Rouvaumont en 1972; Aldřich Bělič, "La periodización del proceso literario chileno y sus problemas", *Acta Universitatis Carolina*, Philologica 2, Universidad de Carolina, Praga, 1975; Nelson Osorio, "La nueva narrativa y los problemas de la crítica hispanoamericana". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Lima, No. 5, 1977; José Promis. "El Discurso histórico de la Literatura Hispanoamericana". *Chasqui*, No. 1, nov., 1979; Desiderio Navarro. "Un ejemplo de lucha contra el "esquematismo eurocentrista en la ciencia literaria de la América Latina y Europa", *Casa de las Américas*, No. 122, 1980; "Crítica hispanoamericana: la cuestión del método generacional", *Hispanérica*, No. 27, 1980; Alejandro Losada "Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina", *Revista Iberoamericana*, No. 114-115, 1981; Beatriz González, "La crítica y los problemas de la historia literaria (el caso venezolano)", *Fragmentos*, CELARG, No. 10, 1981 y en *Texto Crítico* No. 26-27, 1983, y "Problemas y Tareas de la Historiografía Literaria Latinoamericana", en *Neohelicon* Budapest, Vol. X, No. 1, 1983; Agustín Cueva, "El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana...", *Casa de las Américas*, No. 127, 1981; Ana Pizarro,

En el cuadro general de esta nueva exigencia, las limitaciones de la crítica no pueden ser superadas sin una puesta al día de los estudios históricos-literarios. Y, por consiguiente, también se va viendo cada vez con más claridad la necesidad de un deslinde de las especificidades, tareas y funciones que deben cumplir una teoría, una crítica y una historia de la literatura latinoamericana; y que, cada una de ellas a su vez no puede devenir en una práctica plena sin apoyarse en las otras.

2. La historia, la crítica y la teoría literarias constituyen básicamente el resultado de diferentes y complementarios modos de conocimiento del hecho literario. No está demás señalar lo que de algún modo se debería saber a través de una praxis determinada entre los investigadores de esta disciplina: que no puede desarrollarse plenamente la historia sin la crítica literarias, una crítica sin un sentido de la historia, y ambas, sin una teoría literaria que avale y explícite en un conjunto conceptual los presupuestos teóricos que fundamentan el ejercicio de dichas prácticas (4).

Dentro del ámbito de los Estudios Literarios cada una de estas actividades no sólo tiene su objeto propio, sino que se caracteriza por elaborar un tipo de discurso que formaliza su especificidad. Tanto la crítica y la historia como la teoría literarias pueden trabajar con el mismo corpus de obras, pero entregan de él dimensiones diferentes y también complementarias.

2.1. Un estudio fundamentalmente sincrónico —como el de la crítica— no sólo debería reelevar analíticamente la descripción y la

“Sobre las direcciones del comparatismo en la América Latina”, *Casa de las Américas*, No. 135, 1982; Rómulo Casse, *Crítica Latinoamericana (propuestas y ejercicios)*, el capítulo “Periodización” México: Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Univ. Veracruzana, 1982, pp. 37-53; Alejandro Losada, “Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, No. 17, 1983; Alberto Rodríguez, “Marginalidad de la Literatura Colonial en Venezuela” (subcapítulo sobre problemas de la historia literaria colonial), revista *Araisa*, Caracas, CELARG No. 2, 1976-1982.

(4) En el muy conocido y difundido manual de *Teoría Literaria*, René Wellek y Austin Warren señalan estas interrelaciones, que no son tan obvias al parecer: “El término ‘teoría literaria’ podría comprender propiamente la necesaria ‘teoría de la crítica literaria’ y la ‘teoría de la historia literaria’ (...). Estas distinciones son bastantes evidentes y suelen admitirse de modo también bastante general. Pero es menos corriente advertir que los métodos así designados no pueden utilizarse separadamente; que se implican mutuamente tan a fondo, que hacen inconcebible, la teoría literaria sin la crítica o sin la historia, o la crítica sin la teoría y sin la historia, o la historia sin la teoría y sin la crítica. Evidentemente, la teoría literaria es imposible si no se asienta sobre la base del estudio de obras literarias concretas. No se puede llegar in sacuo a criterios, categorías y esquemas. Pero a la inversa, no es posible la crítica ni la historia sin un conjunto de cuestiones, sin un sistema de concepción, sin puntos de referencia, sin generalizaciones”. (Madrid Edit. Gredos, 4º ed., 1966, p. 49). Por lo menos, en el terreno de los Estudios Literarios en la América Latina, estas interrelaciones se han descuidado reiteradamente.

función de las obras literarias, sino que las debe situar comprensivamente dentro de un sistema en el cual adquirirían su plena significación. Lo que puede caracterizar el trabajo de la crítica es, pues, el estudio comprensivo de las obras dentro de una *perspectiva predominantemente sincrónica*, cuyo sentido último se vincula al diseño teórico del sistema donde las obras se relacionan.

Esta relación entre las obras, que llevaría a la configuración de conjuntos más o menos complejos hasta el diseño del sistema literario, debería hacerse a partir de las manifestaciones concretas. Lo que significa que la crítica tiene como punto de partida el estudio de las partes (las obras) del todo, en cuanto un sistema de elementos relacionados e interdependientes.

Por otra parte, en la medida en que se capten los textos como una red de relaciones de oposición, la "diferencia" define la propia estructura de cada uno, y el sistema —en cuanto una de sus tendencias— puede ser descrito como factor constitutivo interno de la obra literaria. El sistema representa el resultado de un constructo teórico; y a su vez, cada texto, además de materializar el perfil del sistema, actualiza en su estructura una de las variantes del conjunto total.

En este sentido, el sistema no es un campo de textos al que se van incorporando nuevas obras en una pacífica acumulación, sino el conjunto de posibilidades para la producción y la lectura o recepción de las obras. Es un espacio productivo y no un depósito de obras como una biblioteca. El sistema es una regulación de lo que está *simultáneamente* presente, organizado según pautas literarias y extraliterarias que establecen relaciones dominantes y subordinadas (5).

Vale la pena hacer un par de aclaraciones: el sistema no es algo dado en la realidad empírica de los fenómenos literarios. Obedece más bien al esfuerzo ordenador de la razón sobre esta materia, que se nos aparece como un confuso amontonamiento de obras-cosas. La determinación de sus relaciones profundas lleva al diseño de una estructura teórica, nivel imprescindible en todo proceso de conocimiento: pensamos que sólo se puede conocer una literatura en la medida en que se vaya construyendo, con ella y a partir de ella un todo estructurado y sistematizado. La unidad orgánica del sistema puede satisfacer las exigencias de la razón para explicar y comprender la dispersa realidad empírica.

Así que cuando nos referimos a que la crítica debería estudiar las obras y manifestaciones literarias dentro de una perspectiva de conjunto, implica, no sólo la elaboración del sistema literario, sino también un esfuerzo sistemático en la producción de conocimientos sobre el hecho literario. Esto, sin duda, podría ser uno de los requisitos que

(5) Véase el reciente trabajo de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Literatura/Sociedad* (Buenos Aires; Librería Hachette, 1983) especialmente las pp. 119-131 y pp. 24-32, y los libros de Raymond Williams citados en esta referencia.

garantizaría el carácter científico de los Estudios Literarios. Sistema y conocimiento sistemático son las dos caras de una misma moneda.

Al jerarquizar para la crítica una perspectiva sincrónica en su atención hacia la producción literaria, por lo menos se le está atribuyendo una de las funciones prioritarias para el diseño de la literatura latinoamericana: de creación de un *espacio* —entendido a manera de un campo de operaciones—, donde las obras adquieren sentido. Retomando las palabras de Octavio Paz:

La misión de la crítica (...) no es inventar obras, sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventar una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Esto es lo que no ha hecho nuestra crítica. Por tal razón no hay una literatura hispanoamericana, aunque exista ya un conjunto de obras importantes (...). Es urgente preguntarse cómo es nuestra literatura: sus fronteras, su forma, su estructura, su movimiento. Responder a esta pregunta será poner en comunicación a las obras y revelarnos que no son monolitos aislados, estelas conmemorativas del desastre en el desierto, sino que forman una sociedad. Un conjunto de monólogos que constituyen, ya que no un coro, un diálogo contradictorio (6).

Sería una falacia pensar este espacio literario en términos tanto de un estado sincrónico puro —en el sentido de un sistema estático— como de naturaleza homogénea —es decir, como totalidad conformada por elementos semejantes—.

La concepción de un sistema como una red de relaciones contradictorias que alcanza una relativa estabilidad de un determinado momento de la cadena histórica, permite dar el paso hacia la comprensión evolutiva (diacrónica) del mismo. En el sentido que lo señalaban Tinianov y Jakobson sería: "cada sistema sincrónico contiene su pasado y su porvenir como elementos estructurales inseparables del sistema" (7). Si bien el sistema puede percibirse como un estado de la literatura, muchos de sus elementos estéticos no son necesariamente nuevos, sino que entran en un nuevo eje de correlaciones. Pensamos, por ejemplo, en la presencia actualizada de arcaísmos; en elementos

(6) "Sobre la crítica" en *Corriente alterna*, México: Siglo XXI Editores, 1967, p. 41.

(7) En el artículo "Problemas de los Estudios Literarios y Lingüísticos" publicados en 1928 observan, además que "la oposición de sincronía y diacronía había contrapuesto la noción de sistema a la evolución. Esta oposición pierde su importancia de base puesto que ahora reconocemos que cada sistema se nos presenta necesariamente como una evolución y que, por otra parte, la evolución tiene inevitablemente carácter sistemático". (En la antología preparada por Trvetan Todorov *Teoría de los formalistas rusos*, México: Siglo XXI editores, 1976, pp. 103-105).

que, dentro de las nuevas relaciones, dejan de ocupar un rango predominante y otros, que mantenían una presencia soterrada, logran canonizarse.

El sistema deviene así en algo más complejo y heterogéneo en cuanto a sus componentes. Lo que, por otra parte, también permite captar la presencia de aquellos "casos" del sistema —los llamados "autores de transición" o los "solitarios"—, cuya obra no termina por asimilarse a ninguna de las variantes —dominantes o no— del sistema, y que dentro del conjunto aparecen como elementos disonantes y/o rupturales.

Aquí el trabajo de la crítica también podría revelar interesantes aportes para demostrar, por un lado, el carácter *relativamente estático* de un estado sincrónico del sistema literario, y por otro, evidenciando dentro del diseño sistemático de una literatura, aquellas zonas que operan como goznes entre un estado y otro del proceso evolutivo. Es decir: determinar el carácter de las encrucijadas de los cambios entre los períodos literarios: dónde se acentúa el campo conflictivo entre las tendencias hegemónicas, que luchan por hacer prevalecer la norma, y las tendencias desvirtualizadoras de las mismas.

Además el trabajo, comprensivo que debería hacer la crítica con las obras no tiene por qué estar desvinculado de la historia. La relación de las obras dentro del sistema requiere de una perspectiva histórico-literaria, que permite situarlas funcional y significativamente tanto dentro del sistema como en relación a la evolución del mismo.

Pensamos que, para hacer viables las relaciones entre la crítica y la historia literarias, no resulta conveniente oponer la sincronía y la diacronía. La crítica en su análisis estructural del sistema puede metodológicamente hacer abstracción de los cambios para dar cuenta de la fisonomía de un espacio literario en cambio, la historia literaria se caracteriza por jerarquizar los aspectos dinámicos (de cambio) de los sistemas para dar cuenta del proceso temporal (histórico) de la serie literaria (8).

(8) Adolfo Sánchez Vásquez en su interesante trabajo "Estructuralismo e Historia" (en *Estructuralismo y Marxismo*, México: Editl. Grujalbo, col. 70, 1970) hace una clara distinción entre el estudio sincrónico y diacrónico de un sistema. Aunque se refiere al campo de estudios históricos, las distinciones metodológicas pueden resultar provechosas para determinar la especificidad del objeto de la crítica e historia literarias, sus relaciones y dependencias. Si asimilamos de la siguiente cita los conceptos de análisis estructural al trabajo de la crítica, y el de análisis histórico al objeto de la historia literaria, podríamos ilustrar sus relaciones y especificidades del siguiente modo:

"Dentro de los límites de un estado determinado, el análisis estructural puede hacer abstracción de los cambios que se operan en ese estado limitado históricamente. El análisis por ello se opera en un plano sincrónico, es decir, mientras el todo presenta una estabilidad relativa, y en consecuencia, se descartan los problemas relacionados con su génesis, desarrollo o transformación. Tenemos entonces la teoría de un sistema o todo estructurado, y no la historia de él (...). Así pues, mientras que en el análisis estructural se estudia un sistema en tanto que sus cambios

No está demás hacer algunas acotaciones útiles para evitar una visión esquemática donde se identifique la crítica con lo sincrónico y la historia con la diacronía. Frecuentemente se maneja la noción, por demás limitada, de que un trabajo de crítica literaria es el estudio de autores, obras o aspectos de ellas. De allí que consideremos la monografía como la forma acostumbrada en que se presenta un trabajo de crítica literaria.

Sin querer entrar en mayores detalles acerca de la diferencia entre el *análisis* de las partes de una obra —fase que corresponde al proceso de investigación— y la crítica —que obedece más bien al proceso explicativo y comprensivo—, ella no sólo puede trabajar aspectos parciales o totales presentes en un período del proceso literario, sino también abordar la transformación histórica de determinados elementos literarios, ya sea rastreando los cambios sufridos en un género, en un tema, en un personaje, en el narrador, etc. Es decir que un *estudio histórico* también forma parte de la crítica literaria, y requiere para el logro de su objetivo del esqueleto de períodos literarios claramente diseñados, que le puedan servir como un marco de referencia funcional. Pero un estudio histórico no se puede considerar como una historia de la literatura (8a).

Por consiguiente, también es importante que la crítica —sin perder de vista el sentido de la historia— no descuide las señales de cambio, las alteraciones y las sustituciones que se dan en forma sustantiva en los textos literarios. Luego, para que la historia literaria pueda registrar comprensiva y explicativamente esos cambios de los sistemas, es necesario concluir que necesita y presupone la crítica para alcanzar su realización como disciplina autónoma. El diseño de los sistemas literarios posibilita el salto cualitativo hacia la historia literaria, y cuídese en observar que ella no debiera devenir como simple suma de estados sincrónicos.

2.2. Podemos considerar que la especificidad del discurso de la historia literaria descansa en el estudio de vastos y heterogéneos conjuntos literarios, organizados a partir de una *perspectiva predominantemente diacrónica*, es decir, privilegiando la realidad dinámica de los sistemas. Más que atender al carácter singular de cada obra y de

internos no afectan a su límite cualitativo, por consiguiente, su estabilidad relativa, el análisis histórico estudia el proceso de génesis, desarrollo o transformación que forja, mantiene y, por último, hace saltar ese límite cualitativo" (pp. 69 y 75).

(8a) Por ejemplo, estudiar las transformaciones del tema del dictador en la narrativa latinoamericana desde el Romanticismo hasta la Contemporaneidad; la renovación vanguardista de los años 20 como el inicio del proceso literario de los 60; el problema del narrador en algunas novelas del período colonial; las manifestaciones no canónicas del Modernismo como elementos disonantes que preparan el paso hacia el Post-Modernismo, son trabajos de crítica literaria donde la perspectiva histórica es fundamental.

cada sistema, la historia literaria dispone la sucesión de los sistemas en el *tiempo*, aprehendiendo las tendencias evolutivas básicas.

Ciertamente que la descripción de las series histórico-literarias llega a ser la tarea de esta rama de los Estudios Literarios. Pero su trabajo puede ser cumplido en varias fases de la misma investigación, que le compete llevar a cabo. Una serie simple podría ser la descripción histórica de las obras de un mismo autor, o de las obras escritas en un mismo idioma (el caso complejo de las literaturas nacionales en la América Latina donde conviven sistemas literarios bilingües), o de las obras de un determinado género literario (la historia de la narrativa, del teatro, de la lírica). En todo caso, van aportando entregas parciales para la historia de una literatura, que debería proponerse como objeto el conocimiento del proceso evolutivo de todos los productos del imaginario social. Y esto no significa el conjunto de hechos dados materialmente, las obras materialmente existentes, sino la organización del conjunto de todos los productos literarios en un sistema teórico que pueda dar cuenta de ellos.

Ahora bien, es preciso destacar una cuestión tal vez decisiva para esta disciplina: puede el enfoque diacrónico constituir el discurso histórico? La mera disposición lineal de los diferentes estados de la evolución no dan cuenta del cambio. La cadena diacrónica sólo *describe* los espacios literarios, pero no los *explica* como espacios de mutaciones. Como categoría, la diacronía es más descriptiva que explicativa, precisamente porque desplaza la pregunta sobre la génesis, cuestión en verdad típicamente histórica.

La historia literaria, aprovechando los resultados que la crítica entrega a nivel de la explicación y funcionamiento de la estructura de los sistemas literarios, no se puede quedar en la mera sumatoria lineal de estos estados sincrónicos. Creemos que toda la atribución de sentido del conocimiento histórico estriba en dar razón del cambio: en explicar no sólo aquello que cambia, sino *por qué* cambia. También aquí se ofrecen dos posibilidades —y también dos opciones— para una historia de la literatura: la *descripción* de la serie entregará la historia inmanente del proceso; la *explicación* de la transformación de la serie buscará comprender la historia literaria como parte de la historia social.

Para una historia literaria se plantearía la exigencia de dar razón de los sistemas: una especie de dimensión archisistemática. Encontrar una unidad de sentido en la relación temporal —entre un antes y un después— que guardan las diversas estructuras del sistema entre sí. No basta con señalar la ley que rige en cada diseño teórico de un sistema, sino ponerlos en cierta relación de necesidad.

Es decir, no se trata de dar cuenta del pasado por un mero gusto hacia las antigüedades librescas, sino para establecer relaciones en un orden *crono-lógico*, en una conexión de triple sentido: con el presente, al pasado y el futuro. Como diría José Carlos Mariátegui: "La capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de

sentir el presente y de inquietarse por el porvenir" (9), de lo contrario no se saldría de una concepción pasadista de la historia.

Por otra parte, tampoco se pueden considerar las épocas literarias pasadas como espacios cerrados y consumados totalmente; espacios acabados irreversiblemente. En cada período literario se hallan posibilidades de sentido que quedaron sin ser captados por la conciencia, y en cambio, pueden revelarse sólo en los contextos culturales de sentido favorable para esa producción. La idea de una determinada cultura o sistema literario como una *unidad abierta* agiliza la relación entre los diferentes momentos de su proceso, restituyendo la dimensión *histórica* de una literatura en el sentido de conectar el pasado con el presente: profundizando la significación de las épocas pasadas y dotando de raíces la contemporaneidad (9a).

Lo que debiera caracterizar la especificidad del discurso de la historia de la literatura es precisamente su *historicidad*, es decir, el conocimiento que nos entrega de una literatura en su modalidad de proceso, de transformación. Y es esta sintaxis de los sistemas en el tiempo lo que constituye el objeto de la historia literaria.

Pero para hacer comprensible esa informe e inorgánica materialidad de las obras, el discurso histórico debe implementar criterios, que no sólo le permitan ordenar estos conjuntos literarios en el tiempo, sino caracterizar la especificidad del proceso de una literatura. No es pensable esta sintaxis histórica sin un mínimo de esfuerzo por establecer cortes o etapas diferenciables en la homogénea línea temporal.

Por lo tanto, una de las tareas fundamentales de la historia literaria es el trazado de estas etapas o períodos que van configurando, en una relación de contigüidad, el sentido de una literatura. La periodización es el modo como aparece formalizada la especificidad del conocimiento histórico, y deviene por ello en una categoría instrumental decisiva para expresar con pertinencia los momentos de la serie literaria.

Así como el conocimiento histórico no es posible que sea alcanzado por el pensamiento, sino en marcos *periodológicos*, el conocimiento de las obras literarias sólo se logra plenamente si se las comprende como un conjunto *sistematizable*.

Pero al mismo tiempo, el diseño y la captación de los períodos de una literatura, que son los cortes históricos dentro del sistema general, devienen, a su vez, por la determinación y caracterización que se haga de ellos en el terreno de la crítica literaria.

Los trabajos de la crítica y de la historia literarias, podrían darse

(9) En "Pasadismo y Futurismo", *Peruanicemos al Perú*, Perú: Empresa Editora Amauta, 1975 (3a. ed.) p. 23. Artículo de 1924.

(9a) Se puede ver el corto artículo de Mijail Bajtin "Literatura, Cultura y Tiempo Histórico", publicado en *Cuestiones teóricas sobre literatura y arte*. La Habana: Univ. de La Habana (serie literaria y arte). 1979. Traducido por Desiderio Navarro, art. de 1970.

dentro de un marco de esfuerzos mancomunados. Así, el diseño de los espacios literarios (respetando la densidad y heterogeneidad de los sistemas sincrónicos) pueden contribuir a trazar unos períodos, que no sólo registren los cambios más perceptibles, sino que rescaten las mutaciones profundas de la vida literaria. Por otra lado, la construcción de los períodos literarios facilita el trabajo de la crítica, en la medida en que ésta pueda abordar la plena significación de las obras en el marco de un horizonte histórico configurado por las etapas de una literatura.

Vemos pues, que dentro del reciente panorama que se abre para los Estudios Literarios Latinoamericanos, donde casi se impone la construcción de nuestro espacio cultural en función de las nuevas necesidades sociales, el trabajo de la crítica y de la historia literarias se hace también necesariamente solidario y complementario en la tarea de construir una *literatura*, ya que en su complementariedad y solidaridad se integran las dos dimensiones —sincrónica y diacrónica— que ofrece el fenómeno literario total.

El diseño de nuestra literatura es aquí doblemente importante, ya que la historia tradicional está marcada por el reiterado escamoteo de significativas manifestaciones literarias que han ido borrando, si no tergiversando, la fisonomía de todo un continente.

La crítica y la historia literarias en la América Latina, sólo pueden responder a las actuales interrogantes que se le hacen acerca de su realidad cultural en la medida en que la crítica se vuelva más histórica y la historia más crítica, es decir, una historia razonada.

Biblioteca de Letras

Centro de Estudios Latinoamericanos
«Jorge Puccinelli Rómulo Gallegos (Caracas).»